

aquilino polaino

¿Hay algún hombre en casa?

tratado para el *hombre ausente*



Desclée De Brouwer

Índice

Introducción: Padre no hay más que uno	13
Capítulo 1 • La importancia de la figura del padre	17
El derecho a la educación de los sentimientos	18
El escenario natural para el aprendizaje de la afectividad	20
La gran aportación del padre a la familia	22
Paternidad, maternidad y filiación	22
Diversidad, complementariedad y afectos	22
Afectividad masculina, afectividad femenina	23
El hermetismo emocional	24
La “cultura de la crueldad”	26
El <i>analfabetismo emocional</i> de los sin padre	27
La imprescindible presencia del padre	28
Capítulo 2 • Retrato de familia	33
La historia de Venancio	33
Tipos de familia	34
Delimitar el espacio vital	35
Saltos generacionales sin barreras	36
Tiempo compartido, entre la soledad y la asfixia	37
¿Quién manda en el hogar?	38
Veinte preguntas sobre la familia	39
Capítulo 3 • La incomunicación mata el amor	45
Con cuerpo y alma	46
Indiferentismo	46
Dependencia afectiva	47
Apropiación posesiva	49
Independentismo	50

¿Hay algún hombre en casa? aquilino polaino

Infidelidad	51
Sin secretos	54
Capítulo 4 • Dificultades, conflictos conyugales y soluciones	57
Hasta que el conflicto nos separe	57
¿Conflictos letales?	58
El “solucionador”	59
Negociar, negociar y negociar... ..	61
Negociación interrumpida	61
13 ámbitos conflictivos en la pareja	63
Lo más importante	69
Capítulo 5 • La pareja y el reparto del poder	71
Las quejas femeninas	72
Las quejas masculinas	72
Poder, mandar y obedecer	74
El poder como servicio	75
El equilibrio	76
Capítulo 6 • Tensiones inéditas	79
¿Quién aporta más a la empresa?	80
El primer año de vida conyugal condiciona mucho	80
Un hijo: ¿fenómeno natural o trauma?	81
Ciclos de la vida: tensiones y conflictos	82
Estabilidad conyugal y neurosis del éxito	83
Competencia o igualdad	85
Capítulo 7 • Conciliar familia y trabajo	87
El trabajo en la raíz de los divorcios	88
Un YO gigante, un tú enano	88
Diferenciación cerebral temprana	89
La diversidad enriquece	90

Familia y trabajo, tarea de ambos	92
Igualdad de responsabilidades	93
Ante la ausencia del padre	93
Tiempo real para los hijos	94
Prioridades	95
Cómo conciliar y no morir en el intento	96
Capítulo 8 • Trabajo y diversión	99
La deshumanización del trabajo	99
La neurosis de autorrealización	104
Trabajo y diversión	105
Qué se entiende por divertirse y pasárselo bien	106
La humanización del trabajo	108
Capítulo 9 • La familia, el juego y el descanso	111
Tiempo para el trabajo y tiempo para el descanso	111
El juego en la educación familiar	112
Tiempo vivido y tiempo compartido	113
Capítulo 10 • El sentido de la diversión en familia	115
Diversión en familia	115
La juventud y el aburrimiento	120
Ocio y negocio	122
Dionisio en la cultura contemporánea	123
Capítulo 11 • La educación de moda	127
El ser y el aparecer	128
Ser y tener	131
La moda	133
Mediadora o mediática	136
Capítulo 12 • La atracción de lo prohibido	139
Entre la atracción y la frustración	139
¿Límites o posibilidades?	140

¿Hay algún hombre en casa? aquilino polaino

Viejas prohibiciones y nuevos resentimientos	142
Obediencia, liberación y felicidad personal	143
Capítulo 13 • La fascinación por lo morboso	145
La fascinación de la imagen	147
La atracción por lo morboso	148
La cultura de la muerte	150
Capítulo 14 • De la indignación a la reclamación	153
“¿Usted sabe con quién está hablando?”	153
Indignación e injusticia	155
De la indignación a la reclamación	156
Elogio a la mansedumbre	156
Capítulo 15 • Amarse a uno mismo	159
Sobrevivir a la cultura del vacío	163
Capítulo 16 • Educación y revolución	165
Una nueva pedagogía	166
El hombre-masa y la revolución	168
Capítulo 17 • Valores y madurez vital	171
Autoestima	173
La felicidad tiene truco	174
Quiero morir inmaduro	175
Cautivos de nuestro proyecto de futuro	177
El oficio de ser persona	178
Capítulo 18 • Disfruta de tu hijo	181
Capítulo 19 • Paternidad necesaria	185
Tiempo compartido	187

Introducción: Padre no hay más que uno

Todo el mundo está de acuerdo en que “madre no hay más que una”. Pero es igual de cierto que “padre tampoco hay más que uno”. Lo cual, por desgracia, se olvida con demasiada frecuencia. Tanto por parte del hombre, que durante siglos ha rehuido su responsabilidad en la familia –más allá de una genérica protección física o de proporcionar el sustento–; como de la mujer, que al reclamar cotidianamente su cuota de poder, termina monopolizando la educación de los hijos.

Un ejemplo. Cuando un juez otorga la custodia de un hijo pequeño a la madre –porque es el progenitor al que más se necesita en esa edad temprana–, no se deja a un padre sin su hijo: también se deja a un hijo sin su padre! El hijo necesita que, en la relación de pareja y en la familia, haya un varón que asuma su parte de la tarea.

Como terapeuta he comprobado en multitud de ocasiones que esa ausencia del hombre acarrea muchos problemas.

En una ocasión, y en un corto lapso de tiempo, acudieron a mi consulta dos muchachos que necesitaban que alguien les escuchase y les ayudase a encontrar una huella afectiva en relación con sus padres.

El primero de ellos me contó su problema: “mi padre es una excelente persona”.

Sorprendente que eso sea un problema.

—Mi padre y mi madre se separaron cuando yo tenía siete años –me dijo—. Ahora vivo con ella y su nueva pareja, un hombre al que también admiro.

¿Hay algún hombre en casa? aquilino polaino

Pero el chaval me aclaró que apenas tenía contacto con su padre biológico.

—Tengo veinte años y desde que se marchó de casa sólo he podido hablar largo y tendido con él dos veces. Lo he intentado, pero siempre está ocupado.

Me explicó también que había visto pocas manifestaciones de afecto en su progenitor y eso le resultaba incomprensible.

—Le admiro porque tiene una enorme capacidad de trabajo, su empresa va muy bien... pero entre nosotros no hay vibraciones. Es generoso conmigo. Creo que le cuestan unos 4.000 euros mensuales. Y eso debe ser porque le importo. Aunque no lo sé. Gana tanto dinero que quizá mis 4.000 euros son una minucia.

El muchacho siguió hablando sobre la relación entre su padre y su madre biológicos que estaba rota.

—Sigue pasando dinero. Creo que quiere compensar todo lo que ha hecho.

—Mi relación con la nueva pareja de mi madre es buena. Es lo contrario de mi padre: bromista, cariñoso, le encanta el deporte, tiene un barco, salimos juntos a pescar, me anima, me pregunta por mis estudios, siempre me dice que los suspensos están para convertirlos en sobresalientes.

Pero todo eso no le bastaba.

—Mientras mi padre me siga mandando dinero seguiré viviendo como vivo: paso y he pasado por todo. Vivo con una chica mientras dure. No estoy seguro de tener ganas de formalizar la situación.

—Con mi madre me lo paso bien y con su pareja también, pero es como una familia de acogida: personas que me subvencionan.

El muchacho echaba de menos que su padre se implicara en sus cosas.

—Tendría una bandera por la que luchar. Pero él solo me dice: ¿Cuánto necesitas?

Estaba, en fin, profundamente cabreado. No veía claro el cariño de los que le rodeaban.

—Me digo: “voy a amarme a mí mismo y, aunque los demás no me amen, tiro *palante* solo”. Pero no es la solución. Ese amor propio me lleva al huerto.

A veces, llegaba a pensar que mejor hubiera sido que su padre hubiese muerto.

—Habríamos pasado por más estrecheces económicas —comentaba—, pero mi mapa cognitivo estaría más claro. No me costaría tanto esfuerzo admitir que mi padrastro es mi padre.

—Yo no sé por qué me han traído a este mundo».

Otro muchacho me confesaba que tenía más confianza con su madre que con su padre. Aunque su padre fuera un hombre digno de admiración, que habitualmente se levantaba a las cinco de la mañana, se ponía a ver papeles y cuando a las ocho desayuna ya tenía los deberes hechos. Un hombre íntegro y muy leal con su madre, y sus hermanos...

Y aquí torció el gesto.

—Pero a veces pienso que soy un hijo no deseado. Lo que más me duele es que sistemáticamente todo lo que yo hago está mal: “Vas vestido como un macarra”, “no te puedes presentar así con tus amigos porque van a decir que eres un *friky*”, “no eres capaz de empezar una cosa y acabarla”, “no sirves para nada, otra vez te has dejado la luz encendida”, “ya has perdido dos móviles, que ya eres un tío mayor de edad que vota, ¿cómo puedes perder dos móviles?”, “en el fondo eres un irresponsable”.

Incluso comiendo le corregía.

—La solución sería largarme de casa pero —me dijo el chaval—... Pero ¿a dónde voy a ir? No tengo ni un euro.

Mi interlocutor me aclaró que no necesitaba tanto el elogio, como que su padre le ayudase a pensar que valía para algo. Nunca lo logró.

—Si todo lo hago tan mal, ¿por qué sigue sosteniéndome? ¿Me tiene manía? Yo no le he hecho nada».

La autoestima del muchacho estaba por los suelos. Creía que esa era la causa de que los estudios no le fueran bien.

¿Hay algún hombre en casa? aquilino polaino

—A veces he pensado cómo hubiera cambiado mi vida si mi padre hubiera tenido confianza en lo que yo puedo hacer».

Pequeños dramas como estos son más habituales de lo que pueda parecer. Y más dolorosos. La falta de definición de la figura del hombre en la relación de pareja, o la falta de un padre comprometido de verdad en las relaciones familiares, puede acarrear graves disfunciones personales y psicológicas. Por ello, como la familia, en todas sus manifestaciones, es tan poliédrica, hace falta, ahora más que nunca, tener las ideas claras.

Con los tiempos que corren ser padre es probablemente una de las tareas más complicadas. El *microuniverso* de la familia es complejo y las relaciones *padres-hijos* y *hombre-mujer* tienen muchas dimensiones.

El hijo es el primer observador de esta compleja realidad. Un niño o una niña tienen una percepción del padre que puede ser subjetiva o errónea, pero es la suya y la que al final cuenta; por lo que el impacto de cómo se comporta el padre, desde una caricia a una mirada correctiva o una bronca, es la medida con que evalúa qué es la paternidad, la filiación y, en el fondo, la familia donde viven.

Sin ser trágico, muchos jóvenes viven el primer drama de sus vidas en su propia familia: no han encontrado ese espacio vital necesario para ser felices y viven con un dolor que puede cercenar su proyecto vital. Esto es grave, porque el ámbito *preconstitutivo* de la masculinidad y de la feminidad, la familia, condiciona, y mucho, el modelo de pareja y hogar que uno forma cuando es adulto.

1

La importancia de la figura del padre

Es obvio que los niños y los jóvenes tienen derechos. A lo largo de los últimos años se han ido recogiendo en los diversos códigos vigentes, inspirados en la Carta Magna de Los Derechos del Niño. Pero todavía queda mucho por hacer, desde la perspectiva de la paternidad y la maternidad. Porque a lo primero que tiene derecho un niño es a tener un padre y una madre. Y no sólo eso. El niño tiene derecho a tratar y conocer a sus respectivos padres.

Un derecho irrenunciable porque, como demuestran hasta la saciedad todos los estudios al respecto, esta relación influye sustancialmente en su desarrollo cognitivo y emocional. Tal relación es *constitutiva del ser* del hijo y, por eso mismo, no es negociable. Lo que significa que los padres deben estar informados de los deberes que deben asumir como obligación natural que deriva de su paternidad.

En este capítulo hago referencia sólo a la paternidad, no porque considere, evidentemente, que la figura de la madre es menos relevante, o porque aprecie una más que otra; digamos que, como se dice ahora, es por exigencia del guión. No hay paternidad sin maternidad, y viceversa: ambas están en paridad, tal como exige la estructura bicéfala de la familia. El problema es que aunque sólo sea de facto, mucha gente no cree en esta igualdad, sobre todo en los primeros años del desarrollo de la criatura.

Y aquí entramos en un tema fundamental: la familia es bicéfala, aunque algunos no estén de acuerdo. El derecho a la relación *hijo/a-padre e hijo/a-madre* es el núcleo sobre el que se vertebra la personalidad *del/a niño/a* a lo largo

¿Hay algún hombre en casa? aquilino polaino

del tiempo; es decir, algo que para él o ella tiene vital importancia y a lo que se le debería dar el mismo valor, como mínimo, que a la alimentación o cualquier otra cuestión educativa.

Pero una cosa es lo que debe ser y otra lo que es en la práctica. Actualmente este derecho del niño es conculcado muchas veces –posiblemente demasiadas para que no haya secuelas sociales importantes–.

Nunca deja de sorprenderme que en la familia, el énfasis de la educación temprana se pone más en aspectos como el cuidado de la higiene o la alimentación, y se desatienden aspectos referentes a las relacionales –e interacción– entre padres e hijos, de las que dependen cuestiones psicológicas y personales tan o más importantes que las referidas al mero crecimiento biológico.

Sin esas necesarias interacciones, el hijo o la hija encuentran serias dificultades para desarrollar su identidad personal. ¿Acaso no es más grave esta falta de desarrollo afectivo que una deficiencia en el aporte de vitaminas en la dieta o la limpieza del vestido? ¿Qué es más importante: la identidad personal o la salud bucal? Hay una razón que podría justificar este despiste: la invisibilidad del proceso de maduración de la identidad personal de los hijos. Algo que puede considerarse un factor atenuante, pero no una justificación.

El derecho a la educación de los sentimientos

El derecho del niño a tener la figura del padre cerca al lado de la de la madre en su proceso de desarrollo, no es el único derecho que, considero, se conculca hoy día. Existe otro derecho, no menos importante, y no menos vapidado. Se trata de lo que se ha dado en llamar “educación sentimental”, es decir, la educación de los hijos en la afectividad.

En la mayoría de las familias –por no decir en casi todas–, a los hijos no se les educa en la afectividad con la misma intensidad que se les instruye en otras cuestiones que son más accidentales. Entre otras cosas, porque los padres no saben cómo hacerlo y porque las ciencias de la educación no han logrado diseñar y generalizar, por el momento, los necesarios procedimientos.